

jo la voluntad de la penosa faena, haciendo orgulloso una nobleza del largo trabajo abrumador de la humanidad en marcha para la felicidad futura. No había querido saber nada siquiera del bien que traían los nuevos tiempos. Caía como héroe fiero y tenaz de la antigua servidumbre. Vulcano encadenado en su fragua, enemigo ciego de todo lo que le libertaba, poniendo su gloria en su sujeción, creyendo que era de generación disminuir algún día el sufrimiento y el esfuerzo. La fuerza de la edad nueva, el rayo que él había venido á negar, á consultar, le había aniquilado; y dormía.

Algunos años después hubo aún tres matrimonios, para acabar de mezclar las clases, de estrechar los lazos en aquel reducido pueblo fraternal y pacífico. El hijo mayor de Lucas y Josina, Hilario Froment, un robusto mozo de veintiséis años ya, se casó con Colette, graciosa rubia, menuda, de dieciocho, hija de Nanet y de Nisa. La sangre de los Delaveau quedó como aplacada en la sangre de los Froment y de la pobre Josina, un día recogida en el umbral del Abismo, muerta de hambre. Después Teresa Froment, tercer vástago, alta, hermosa, alegre, á los diecisiete años, se casó con Raimundo, que le llevaba dos años, el hijo de Petit-Da y de Honorina. La sangre de Froment se unía á la de Morfain, los obreros épicos, y á la del vencido Caffiaux. Y Leonia, hija de Aquiles Gourier y de Azulina, de veinte años, se casó con un hijo de Bonnaire, Severino, de su edad, el hermano menor de Luciano. La agonizante burguesía se unía al pueblo, á los rudos trabajadores resignados de las edades muertas, y también á los obreros revolucionarios, camino de emanciparse.

También hubo grandes fiestas. La descendencia feliz de Lucas y de Josina iba á fructificar, pulular, ayudando á poblar la ciudad nueva.

Vencía el amor; alegre, joven, conducía á todos, parejas, familias, pueblo entero, á la final armonía. Cada nuevo matrimonio era una casita nueva entre árboles y praderas; la ola de casas que acababa de

invadit y borrar el viejo Beauclair. El antiguo barrio leproso, de casuchas inmundas, quedaba arrasado; en su lugar anchas vías con árboles y fachadas risueñas. Estaba amenazado hasta el barrio burgués; se abrían calles nuevas, se ensanchaban y cambiaban de destino los antiguos edificios, la Subprefectura, la Audiencia, la Cárcel. Sólo la vetustísima iglesia agrietada, cuarteada, seguía en medio de una plazoleta desierta, que parecía campo de zarzas y ortigas. Los antiguos caserones solariegos, las casas pegadas unas á otras, dejaban el puesto á viviendas de más hermandad, más sanas, esparcidas por el inmenso jardín que venía á ser todo el pueblo. Aguas corrientes y viva luz daban alegría á todas ellas.

La ciudad estaba fundada; grande y muy gloriosa ciudad, cuyas avenidas llenas de sol seguían prolongándose y ya rebosaban sobre los campos vecinos de la fértil Rumaña.

III

Pasaron diez años más, y el amor había unido á las parejas; el amor vencedor y fecundo hizo nacer y crecer en cada hogar nuevos hijos, que traían el porvenir. Con cada generación nueva se difundiría y reinaría en el mundo un poco más de verdad, de justicia y de paz.

Lucas, de sesenta y cinco años ya, á medida que se hacía viejo, sentíase dominado por la pasión creciente de los niños. Ahora que el edificador de ciudades, el creador de un pueblo, que en él había, veía construirse la ciudad soñada, preocupábase sobre todo con las generaciones en germen, iba hacia los niños, les dedicaba sus horas todas, pensando que eran el porvenir. Eran ellos, eran los hijos de sus hijos, y eran mejor aún, los hijos de éstos, los que debían ser un día un pueblo inteligente y sabio, en el cual se realizaría toda la equidad y bondad que él había querido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Kpdc. 1625 MONTERREY, MEXICO

No es posible rehacer los hombres maduros, cuando han vivido con las creencias y los hábitos con que el atavismo los encadena. Pero puede obrarse sobre los niños, librándolos de las falsas ideas, ayudándoles á crecer y á progresar, según la evolución natural que en sí propios llevan. Y él lo veía claro, cada generación debe ser así, un paso adelante, cada una de ellas crea más certidumbre, más paz y mayor felicidad. Solía decir, sonriendo, que los niños eran los conquistadores más fuertes y los más victoriosos de su pueblo en marcha.

En las largas visitas matutinas que Lucas continuaba haciendo á su obra, dos veces por semana, consagraba lo mejor de su alma y de su tiempo á las escuelas, y también á los asilos maternales, en donde estaban recogidos los más pequeños. Ordinariamente comenzaba por ellos antes de ir á los talleres y á los almacenes, gozando al contemplar toda aquella infancia riante y sana, desde que el sol salía. Como cada semana cambiaba los días de su inspección animadora, no se le esperaba, presentábase de improviso entre aquella genticilla bulliciosa, donde todos le adoraban como á un abuelo muy alegre y muy bueno.

Un martes, Lucas, resuelto á visitar á sus queridos hijos, como él los llamaba á todos, se dirigía hacia las escuelas á las ocho de una mañana deliciosa de primavera. El sol caía como lluvia de oro por entre los nuevos verdores, y él caminaba á paso breve por delante de la casa de los Boisgelin.

Susana, que le había visto cruzar, se adelantaba hasta la puerta del jardín.

—¡Oh! amigo mio; hágame usted el favor de entrar un momento. Este pobre hombre ha tenido un nuevo acceso, y estoy muy inquieta.

Se refería á Boisgelin, su marido. Durante algún tiempo había intentado trabajar, nada á gusto con su ociosidad, en medio de aquella colmena activa y ruidosa con el trabajo de todos. La pereza acababa por serle demasiado pesada; la caza y el caballo no eran suficientes para llenar sus días. Así Lucas, á ruegos de Susana, á fin de contribuir á la transformación esperada, le había confiado una especie de inspección, una

tarea de vigilancia de los Almacenes Generales. Pero el hombre, que jamás había hecho nada con sus manos, el ocioso de nacimiento, no disponía de su voluntad, no podía acomodarse á una regla, á un método. Pronto Boisgelin pudo advertir que era incapaz de tener una ocupación seguida. Su cerebro huía, sus miembros no obedecían; la somnolencia y el abatimiento le dominaban. Sufrió con exceso á causa de esta horrible impotencia, y poco á poco recaía en el vacío de su existencia antigua, con sus días ociosos pasados todos en la misma inutilidad. Pero como no tenía ya el aturdimiento del placer y del lujo, sintióse invadido por un aburrimiento sombrío, inmenso, sin cesar creciente, del cual nada podía sacarle. Y al fin acababa por envejecer así en el estupor, en el aturdimiento de las cosas imprevistas, extraordinarias que á su alrededor pasaban, como si hubiera caído en otro planeta.

—¿Tiene acaso crisis violentas?—preguntó Lucas á Susana.

—¡Oh! no—respondió ésta.—Está sencillamente muy sombrío, muy preocupado, y estoy inquieta porque la locura vuelve á apoderarse de él.

En efecto, la razón de Boisgelin parecía haberse obscurecido á consecuencia de la vida que llevaba á través de esta ciudad activa y trabajadora. De la mañana á la noche se le tropezaba, cual si fuera el fantasma de la pereza, pálido, despavorido, errante por las calles animadas, por las escuelas con sus murmullos, por los talleres ruidosos, obligado á apartarse á cada paso, con la amenaza de verse sumergido y arrastrado. No se había aclimatado, se había como deshecho en medio de aquel mundo nuevo, y su locura le llevó poco á poco, viéndose él mismo que no trabajaba, á creer que era el amo, el rey, y que aquel pueblo era un pueblo de esclavos, ocupados sólo en trabajar según él quería, y en amontonar incalculables riquezas, de las que disponía á voluntad para su propio placer. Al derrumbarse la antigua sociedad, la idea del capital, en él, había resistido firme á pesar de todo, y él seguía siendo el capitalista loco, el capitalista dios, que poseedor de todos los capitales de la

tierra, había reducido á todos los hombres á ser sus esclavos solo, los miserables obreros de su felicidad egoísta.

Lucas encontró á Boisgelin en el umbral de la casa, vestido ya con la corrección de siempre. A pesar de sus sesenta, seguía siendo el hombre de aire vanidoso, el rostro afeitado, y con su monóculo. Únicamente su mirada vacilante, sus labios flojos, lacios, revelaban su decaimiento interior. Bastón en mano, y un sombrero luciente ligeramente inclinado sobre la oreja, se disponía á salir.

— ¡Cómo! ¡En pie ya, y de paseo! — exclamó Lucas, afectando el mejor humor.

— Es indispensable, amigo mío — respondió Boisgelin después de un rato, examinándole con desconfianza. — Todos me engañan; ¿cómo quiere usted que duerma tranquilo con los millones que á diario me producen mi dinero, y que me gana ese mundo de obreros? No tengo más remedio que enterarme, que ver cómo marchan las cosas, á fin de evitar la filtración de miles de francos por hora.

Susana hizo á Lucas una seña de desesperación. Luego intervino:

— Yo le aconsejaba que no saliese hoy. ¿A qué tantas molestias?

— Pero su marido le impuso silencio.

— No me preocupa tan sólo el dinero de hoy, sino también todo ese dinero amontonado, esos miles de millones que los millones cotidianos aumentan todas las noches. Acabo por no darme cuenta de mí mismo, por no saber cómo vivir en medio de esta fortuna colosal. Es necesario que yo la coloque, ¿no es verdad? que la dirija, que la vigile, para impedir que se me robe demasiado. ¡Oh! es este un trabajo de que no tenéis la menor idea, y que me hace desgraciado, ¡sí! desgraciado, más desgraciado que los pobres sin hogar y sin pan.

Su voz comenzó á temblar de dolor; un dolor indecible: gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Inspiraba lástima, y Lucas, que sufría á causa de él, por considerarle una anomalía en la ciudad trabajadora,

sentíase, sin embargo, conmovido hasta el fondo del corazón.

— ¡Vamos! Bien puede usted descansar un día — repuso. — Opino como su mujer; en lugar de usted, yo no saldría, me entretendría en mirar cómo florecen las rosas de mi jardín.

Boisgelin le examinó de nuevo con desconfianza. Luego, como si cediese á la necesidad de hacer una confidencia á un íntimo, al cual se atrevía á confiarse:

— No, no, es indispensable que yo salga. Lo que me molesta más aún que la inspección de mis obreros y la buena administración de mi fortuna, es no saber dónde colocarla. ¡Imagináos miles y miles de millones! Acaban por estorbar, no hay salas para ellos bastante grandes. Por eso se me ha ocurrido la idea de ir á ver si encuentro un agujero bastante profundo. Pero no digáis nada á nadie, nadie debe sospecharlo.

Y mientras Lucas, frío, aterrado, miraba á Susana completamente pálida, que contenía las lágrimas, Boisgelin, aprovechándose de su inmovilidad, pudo pasar entre ellos y huir. Con paso rápido, alcanzó la avenida llena de sol y desapareció. Lucas quería correr tras él y traerlo á la fuerza.

— Le aseguro á usted, amiga mía, que hace mal en dejarle correr así, á su antojo, libre. No puedo tropezarle en todas partes, rodando de un lado para otro, alrededor de las escuelas, por los talleres y los almacenes, sin temor de que ocurra alguna desgracia, alguna dolorosa catástrofe.

Tiempo hacía que tenía esta preocupación; pero sólo la ocasión le había dado el valor necesario para declarárselo á Susana. Nada le producía mayor pena que el espectáculo de aquel anciano loco, vuelto á la infancia, que paseaba su locura de pereza y de lujo por entre su pequeño pueblo en marcha. Cuando lo tropezaba, como una última protesta del pasado, le seguía con la vista y experimentaba cierta inquietud, por causa de aquel desequilibrado, fantasma errante de la sociedad muerta.

Pero Susana se esforzaba por tranquilizarle.

— Es inofensivo, se lo juro. Yo tiemblo por él, porque hay momentos en que le veo tan sombrío, tan

miserable, con todo ese dinero que le abrumba, que temiendo estoy que sienta la necesidad de acabar. Pero, ¿cómo tener valor para encerrarle? Sólo es feliz fuera; sería una crueldad inútil, toda vez que jamás dirige la palabra á nadie. Salvaje y tímido, como un niño que no quiere ir á la escuela y hace novillos.

Las lágrimas, que á duras penas contenía, comenzaron á caer.

—¡Ah! desgraciado, he sufrido mucho por su causa, pero jamás me había producido el dolor que ahora.

Luego, al saber que Lucas se dirigía hacia las escuelas, quiso acompañarle. También los años habían pasado para ella; ¡tenía sesenta y ocho! Pero se conservaba sana, ágil, sintiendo siempre la necesidad de interesarse por los demás, y de dedicarse á las buenas obras. Desde que vivía en el Asilo, desde que su hijo Pablo, casado ya, padre de varios hijos, no la necesitaba, se había creado una familia, amplificada, haciéndose institutriz, maestra de solfeo y de canto en la clase primera, la de los pequeñuelos. Ayudábale esto á vivir feliz, y era su encanto despertar la música en aquellas almas puras, en que cantaba la infancia. Era una buena música, y por otra parte, no ambicionaba enseñarles demasiado; sólo quería inspirarles el canto como algo natural, como en los pájaros de los bosques, como en las criaturas todas que viven libres y alegres. Y había obtenido resultados maravillosos; en su clase reinaba la alegría sonora de la pajarera; y la juventud que brotaba de sus manos llenaba todas las otras clases, los talleres, la ciudad entera, de un júbilo constante y de gorjeos.

—Pero hoy no le toca á usted su curso—la hizo notar Lucas.

—Lo sé; sólo quiero aprovechar el recreo para hacer que mis angelitos repitan un coro. Después tenemos que tomar algunas resoluciones, con Scurette y Josina.

Las tres se habían hecho grandes amigas, inseparables. Scurette conservaba la dirección del Asilo central, en el cual cuidaba de toda aquella gente menuda, los niños de pecho y los que apenas comenzaban á andar. En cuanto á Josina, dirigía el taller de

costura y de economía doméstica, haciendo de todas las niñas que pasaban por las escuelas, buenas esposas, buenas madres, capaces de dirigir una casa. Además, entre las tres, formaban una especie de consejo, encargado de discutir las cuestiones graves relativas á la mujer, en la ciudad nueva.

Lucas y Susana habían seguido la avenida y entraron en la amplia plaza, donde estaba la Casa Comunal rodeada de praderas, muy verdes, adornadas con arbustos y macizos llenos de flores. Ya no era aquel el modestísimo edificio de los primeros años; se había construido un verdadero palacio, con amplia fachada policroma, cuyos lienzos, decorados y azulejos de colores, se armonizaban con el hierro visible para el recreo de la vista. Grandes salas de reunión, de juegos y de espectáculos, permitían al pueblo estar allí como en su propia casa, fraternizando en frecuentes fiestas con los placeres de las que se interrumpían los días de trabajo. Convenía que, fuera de la vida de familia, llevada por cada cual á su manera, se acentuase, lo más posible, la existencia pública común, en la que todos vivían de todos, realizando así poco á poco la armonía soñada. Y he ahí por qué si las casitas eran modestas, la Casa Comunal brillaba por su lujo, con toda la amplitud y toda la belleza de la morada soberana del pueblo rey. Tendía á convertirse en una ciudad dentro de la ciudad, de tal manera aumentaba, según las necesidades crecientes. Detrás, añadíanse edificios de Bibliotecas, Laboratorios, Salas de cursos y de conferencias, que procuraban á todos la instrucción libre, las investigaciones, los experimentos, la difusión de las verdades conquistadas. Había también patios y cobertizos para los ejercicios físicos, sin contar una admirable instalación de baños gratuitos, pilas, piscinas, llenas de agua fresca y pura, del agua corriente tomada en las vertientes de los Montes Bleuses, agua que por su abundancia inagotable, mantenía la limpieza, la salud y la continua alegría de la gran ciudad naciente. Las Escuelas, sobre todo, se habían convertido en un mundo especial, que entonces ocupaba varias construcciones

esparcidas al lado de la Casa Comunal, á causa de los millares de niños que seguían sus cursos. Para evitar el hacinamiento perjudicial siempre, se habian creado numerosas divisiones, cada una de las cuales tenian su pabellón, cuyos lados miraban á los jardines. Era aquello como una ciudad de la infancia y de la juventud, desde los pequeñuelos en sus cunas, hasta los mozalbetes, y las muchachas que seguían el aprendizaje, después de haber pasado por las cinco clases en las cuales se les daba siempre una instrucción y una educación integrales.

—¡Oh!—dijo Lucas sonriendo,—yo comienzo por el principio, paso siempre, en primer lugar, por entre mis amigos que aún maman.

—Está bien—respondió Susana alegrándose á su vez.—Entraré con usted.

En aquel pabellón, el primero á la derecha, en medio de las rosas del jardín, Scurette se destacaba entre un centenar de cunas y entre otras tantas pequeñas sillas de ruedas. Vigilaba además los pabellones próximos, pero siempre volvía á éste, en el cual estaban las tres nietas y un nieto de Lucas, á quien adoraba. Convencidos Lucas y Josina de cuán beneficiosa era esta educación para la ciudad, daban el ejemplo, haciendo que los hijos de sus hijos fuesen educados, desde sus primeros pasos, con los hijos de los demás.

Precisamente Josina estaba allí, cerca de Scurette. Ni una ni otra eran ya jóvenes, la primera tenía cincuenta y ocho años, la segunda sesenta y cinco. Pero Josina conservaba su gracia dulce, su finura, realzada por sus cabellos admirables, cuyo tinte dorado fino sólo había palidecido; mientras Scurette, como ocurre á las jóvenes poco agraciadas, flacas, morenas, no parecía envejecer; con la edad adquirió un encanto de juventud persistente, de bondad activa. Susana era siempre la mayor de todas, con sus sesenta y ocho años, hermoseaada también por la edad, sin más belleza que su dulzura afectuosa, su severa razón suavizada por la indulgencia. Las tres rodearon á Lucas como tres almas fieles, una de ellas la esposa amante, las otras dos, las amigas devotas y apasionadas.

Cuando entró Lucas en compañía de Susana, Josina sostenía sobre sus rodillas un pequeñuelo de dos años apenas, al que Scurette examinaba la mano derecha.

—¿Qué tiene mi Oliverio?—preguntó con inquietud.—¿Se ha lastimado?

Oliverio Froment era su último nieto, hijo de su hijo mayor Hilario Froment y de Colette, hija de Nant y de Nisa. Todos los matrimonios que se habian celebrado, daban entonces sus frutos, inundando los Asilos maternales y las Escuelas con una ola sin cesar creciente de cabezas rubias y morenas, que formaba la gente pequeña en disposición siempre de ir hacia adelante.

—¡Eh!—dijo Scurette,—un simple rasguño producido sin duda por una tabla de la silla. Vamos, ¡ya está curado!

El niño había dado un ligero grito y después se había echado á reír. Entonces una niña de cuatro años, á quien habian dejado más allá libre, se acercó con los brazos abiertos para cogerle y llevarsele.

—¡Quieres estarte quieta, Marieta!—gritó Josina con temor.—¡No se convierte así en muñeca á un hermanito!

Marieta protestaba diciendo que ella era formal. Y Josina, como buena abuela, tranquilizada, miraba á Lucas, y los dos sonreían felices al ver á su gente-cilla tan feliz; merced á su cariño. Susana, luego, les acercaba otras dos rubias, Elena y Berta, dos gemelas de cuatro años, nietas suyas también. Eran de la segunda hija Paulina, que se había casado con Andrés Jollivet, á quien el abuelo, el presidente Gaume, había recogido, después de la desaparición de Lucila y de la trágica muerte del capitán. Lucas y Josina, habían casado tres de sus cinco hijos: Hilario, Teresa y Paulina; los otros dos, Carlos y Julio, aún no se habían casado.

—Y estos pimpollos, ¿no se acuerda usted de ellos?—dijo alegremente Susana.

Las dos gemelas, Elena y Berta, se habían lanzado al cuello de Lucas, á quien adoraban; Marieta también se lanzaba hacia él trepando por las piernas, mien-

tras que el mismo Oliverio, el chiquitín, extendía sus manecitas curadas, gritando frenético porque el abuelito le pusiera sobre las espaldas. Lucas, sofocado por las caricias, bromeaba.

—Está bien, amiga mía; no faltaba más que fuese usted á buscar á Mauricio, su ruiñeñor, como usted dice. Así serían cinco á comerme. ¡Dios mío! ¡qué va á ser de mí cuando sean á docenas!

Y colocando en tierra á la gemela y á Marieta, la niña de carne de rosas, de ojos puros, cogió un instante á Oliverio y lo tiró al alto, lo que hizo á éste lanzar gritos de júbilo. Después, colocándole de nuevo en su silla, dijo:

—Vamos, es preciso ser formales, no es posible estar siempre jugando, es necesario que piense en otros.

Guiado por Scurette, seguido de Josina y de Susana, dió una vuelta por las salas. Era un encanto exquisito de ver aquella casa de la primer infancia, con sus paredes blancas, sus cunas blancas, su genticilla de blanco; toda esta blancura tan alegre en pleno sol, cuyos rayos penetraban por las altas ventanas. También allí corría el agua, sentíase la frescura cristalina, se oía su murmullo, como si arroyos claros conservasen por todas partes la limpieza exagerada que se advertía en los más modestos utensilios. Sentaba esto muy bien con el candor y la salud. Si á veces salían de la cuna gritos, la mayoría de ellas sólo se oía la cháchara agradable, las risas argentinas de los niños que corrían, llenando las salas con sus continuos revoloteos. Los juguetes, otro mundo pequeño mudo, vivían en todas partes, su vida natural y cómica; había muñecos, muñecas, caballos de madera, coches. Eran propiedad de todos, de los niños como de las niñas. Unas y otros vivían confundidos en una sola familia, pensando juntos desde que empezaban á hablar, como hermanas y hermanos, como maridos y mujeres, que debían tener hasta la muerte una existencia común.

A menudo, Lucas se detenía y exclamaba:

—¡Oh! ¡qué hermosa niña! ¡Qué niño más precioso! Y se equivocaba y se reía al ver que el muchachito era una niña, ó bien al contrario,

—¡Cómo!—dijo, deteniéndose ante una cuna,—¿hay ahí dos gemelos? ¡Qué niños más hermosos, y qué parecidos en su belleza tan atractiva!

—¡No, señor, no!—exclamaba Scurette.—El uno es una niña á quien el pequeñuelo de la cuna vecina ha venido á visitar. En cuanto pueden juntarse, encontramos á veces tres ó cuatro unos en brazos de otros.

Y todos se alegraban ante aquella hermosa cosecha de afecto y de amor en gemen. Susana, que en un principio había revelado los más serios temores, hasta la repugnancia más viva hacia la educación y la instrucción en común de los dos sexos, sentíase ahora maravillada por los admirables resultados obtenidos. Aquellos niños y aquellas niñas á quienes antes se consentía estar juntos hasta la edad de siete ú ocho años, pero á quienes más tarde se separaba y aislaba, levantando entre ellos un muro infranqueable, crecían luego ignorándose los unos á los otros, y llegaban á ser extraños, enemigos brutales cuando venía la noche de bodas, cuando la mujer se echaba en brazos del hombre. Los cerebros dejaban de ser de la misma raza, el misterio exasperaba el deseo sexual, el macho hacía la rueda, ante la hipócrita reserva de la hembra, dándose así la batalla de dos criaturas hostiles, de ideas diferentes, de intereses opuestos. Y ahora, allí en las parejas jóvenes, Susana podía comprobar la paz feliz conquistada, una fusión más íntima de inteligencia y de sentimiento, la razón, el buen acuerdo, la fraternidad en el amor. Pero lo que sobre todo le sorprendía en las Escuelas mismas, eran los buenos efectos de la mezcla de los sexos, que despertaba una especie de emulación nueva, suscitando en los muchachos la dulzura, en las niñas la decisión, preparándolos por una penetración más íntima, por un conocimiento libre y pleno, para una fusión completa, hasta no ser más que un solo espíritu, un sér solo en el hogar doméstico. La experiencia estaba hecha; no se registraba ni un caso de la excitación sexual tan temida; en cambio el nivel moral se levantaba, siendo maravilloso ver aquellos muchachos y aquellas niñas, inclinarse por sí solos hacia los estudios que debían serles más útiles gracias á la gran libertad

que á cada escolar se concedía para trabajar á su gusto en vista de las necesidades del porvenir.

Susana decía graciosamente:

—Los desposorios se hacen desde la cuna, y así se suprime el divorcio, porque se conocen unos á otros demasiado para proceder de ligero. Vamos, amigo Lucas, comienza el recreo, y quiero que usted oiga cantar á mis discípulos.

Scurette se quedaba con su genticita, porque ya era la hora del baño, mientras que Josina tenía que volverse hacia su taller de costura, donde las niñas preferían pasar el recreo embelesadas en aprender á hacer vestidos para sus muñecas. Sólo Lucas seguía á Susana á lo largo de la galería abierta, con la cual comunicaban las cinco clases.

Aquellas clases habían llegado á ser un mundo aparte. Fué necesario subdividirlas, construir locales más amplios, aumentar además las dependencias, los gimnasios, los talleres de aprendizaje, los jardines, á los cuales los niños salían libremente cada dos horas. Después de algunos tanteos, se había logrado fijar el procedimiento de educación y de instrucción, y aquella enseñanza libre, que hacía atractivo el estudio, respetando la personalidad del discípulo, pidiéndole sólo el esfuerzo de que es capaz para las lecciones preferidas, elegidas sin presión coactiva, daba resultados excelentes, aumentaba de año en año la ciudad con una generación nueva, cada vez mejor dispuesta para la verdad y para la justicia. Tal era el único modo bueno de acelerar el porvenir, de hacer brotar los hombres encargados de realizar el mañana, libres de los dogmas engañosos, formados en las realidades necesarias, conquistados por los hechos científicos demostrados, el conjunto de los cuales constituye la certidumbre inquebrantable. Ahora nada parecía menos lógico ni menos provechoso, que someter toda una clase á la férula de un maestro, esforzándose por imponer su fe personal á unos cincuenta escolares, con cerebros y sensibilidades diferentes. Parecía perfectamente natural limitarse á despertar en esos escolares el deseo de aprender, y luego dirigirlos en sus investigaciones y favorecer las facultades individuales que en cada cual

se manifiesten. Las cinco clases se habían así convertido en terreno de experimentación, en donde los niños, de una manera graduada, recorrían el campo de los conocimientos humanos, no para tragárselos con gula sin digerir nada, sino para despertar en cada uno, al contacto con los mismos, su propia energía intelectual, para asimilárselos según su personal comprensión, sobre todo para decidir la especialidad más determinada hacia la cual se sentía atraído. Jamás la frase de que allí se estaba para aprender á aprender había sido tan exacta. Era algo así como desenredar cerebros tiernos, la elección de cada niño en la inmensidad del saber, la manera más lógica de utilizar más tarde todo su esfuerzo, toda la inteligencia y energía. Y ello gracias al atractivo del estudio, á la libertad sana y fecunda, á las continuas distracciones recreativas de goce y de fuerza con que se interrumpían las horas de trabajo.

Todavía tuvieron, Lucas y Susana, que esperar un instante á que las clases terminasen. Desde la galería cubierta, que recorrían lentamente, podían dirigir una ojeada á los salones, en los cuales cada niño tenía su mesita y su silla. Se habían suprimido las mesas y los bancos seguidos, dándoles así la impresión de ser cada uno dueño de los suyos. ¡Y qué espectáculo más agradable el de aquellas niñas y aquellos muchachos, mezclados sin orden en sus puestos! Qué atención más apasionada prestaban á la palabra del profesor, en pie entre ellos pasando de un lado á otro, conversando acerca de su lección, suscitando á veces contradicciones! Como no había ni castigos ni premios, todos daban por satisfecha su necesidad naciente de gloria en aquella lucha sobre quién demostraría haber comprendido mejor. El profesor cedía con frecuencia la palabra á aquellos que parecían más enterados del asunto, y de esta manera los cursos revestían un interés que la discusión constantemente renovaba. Con el auxilio de los medios más diversos, el fin único que se perseguía era el de los estudios animados, arrancándoles de la letra muerta de los libros para darles la vida de las cosas, la pasión de las ideas. Y nacía el placer, el placer de aprender, de

saber, y las cinco clases desarrollaban el conjunto de los conocimientos humanos, como el drama movido y real del vasto mundo, que todos debemos conocer, si queremos obrar en él y ser en él felices.

Un alegre clamoreo se produjo; el recreo al fin llegaba. Cada dos horas veíanse los jardines invadidos; y era de ver el animado tumulto de la salida de las clases, aquella ola de muchachos y de niñas que entre sí fraternizaban como buenos amigos! Por todas partes se les veía formando grupos; los juegos se organizaban sin distinción de sexo; algunos preferían conversar alegremente, otros se trasladaban á los gimnasios ó á los talleres de aprendizaje. Oíanse risas muy francas, muy puras. Sólo un juego había caído en desuso, no se jugaba ya al marido y mujer, porque todos ellos eran simplemente compañeros. Había tiempo para eso en la vida, ya que no se separaban en adelante y seguían juntos para conocerse mejor y quererse más.

Un muchacho de nueve años, muy hermoso, muy fuerte, se acercó á Lucas y se arrojó en sus brazos, gritando:

—¡Buenos días, abuelo!

Era Mauricio, el hijo de Teresa Froment, que se había casado con un Morfain, Raimundo, hijo de Petit-Da, el gigante, y de Honorina Caffiaux.

—¡Ah!—dijo Susana con júbilo,—este es mi ruiseñor... ¡vaya! ¿Estáis dispuestos? Hijos míos, vamos á repetir nuestro coro, tan bonito, aquí sobre el césped, entre estos grandes castaños.

Toda una banda la rodeaba. Con otros veinte, estaban allí dos muchachas y una niña á quien Lucas besó. Luis Boisgelin, de once años, era hijo de Pablo Boisgelin y de Antonieta Bonnaire, el matrimonio de amor triunfante, primer anuncio de la próxima fusión de las clases. Feliciano Bonnaire, de catorce años, era hijo de Severino Bonnaire y de Leonia, la hija de Aquiles Gourier y de Azulina, la pareja cariñosa y libre que había florecido entre las rocas salvajes y balsámicas de los Montes Bleuses. Germana Yvonnot, de dieciséis años, era la nieta de Augusto Laboque y de Marta Bourron, la hija de su hijo Adolfo y Zoa Bonnaire.

hermosa niña morena y sonriente, en la cual se juntaban y armonizaban la sangre fraternal, tanto tiempo en lucha, del obrero, del aldeano y del comerciante en pequeño. Lucas divertíase en desenredar la complicada madeja de estas alianzas, de estos cruzamientos continuos, y se reconocía con facilidad en medio de aquellas cabezas infantiles, sintiéndose como transportado, en aquella vegetación sin límites, fecunda en matrimonios que poblaban su ciudad.

—Va usted á oírlos—dijo Susana.—Es un himno al sol naciente, un saludo de la infancia al astro que va á madurar las mieses.

Sobre el césped, en medio de los grandes castaños, se habían reunido unos cincuenta niños. Y el canto se elevaba, muy fresco, muy puro y muy alegre. Todo se reducía, sin gran conciencia musical, á una simple serie de cantos alternados, ejecutados por una niña y un niño, á los que el coro acompañaba. Pero era tan viva la alegría, tan lleno el sentimiento de una fe sencilla en el astro de bondad y de luz, que sus voces delgaditas, un poco agrias, llegaban á tener encanto y ternura. El niño Mauricio Morfain, que contestaba á la niña Germana Yvonnot, tenía, en efecto, como Susana decía, una voz de ángel, de un timbre cristalino, que se elevaba al tono agudo, con sonidos deliciosos de flauta. Después venía el revoloteo del coro, como el rumor de pájaros ocultos y piando entre las ramas. Nada más divertido que oírlos.

Lucas reía, como abuelo contento y bondadoso, y Mauricio, radiante, corría á echarse en sus brazos.

—Y es verdad, muchacho, ¡cantas como un ruiseñor de los bosques! Y he ahí una cosa excelente, porque ya verás, en tu vida, podrás cantar en las horas de descanso, y esto te servirá para animarte. No se ha de llorar nunca, es preciso cantar siempre.

—¡He ahí lo que constantemente les digo—exclamó Susana con su intrepidez afectuosa.—Es necesario que todos canten; yo les enseño á cantar para que canten aquí, en la escuela, y más adelante en los talleres, y luego toda su vida. Un pueblo que canta, es un pueblo sano y contento.

Ella le animaba; no ponía aspereza alguna ni va-